

# LOS CARISMAS DE LA CRUZ: LA VISIÓN FRANCISCANO-CAPUCHINA

MIGUEL ANXO PENA GONZÁLEZ,  
*Universidad Pontificia de Salamanca*

Acercarse al significado de la cruz, desde la visión capuchina, inevitablemente supone remontarse a san Francisco de Asís, puesto que la Reforma Capuchina no pretende otra cosa que ser fiel al ideal de vida promovido por su fundador. En este sentido, no se puede buscar ninguna novedad, sino que se trata claramente de una vuelta, de una recuperación de un ideal de vida que, en el contexto de Contrarreforma, jugará un papel singular como herramienta al servicio de la Iglesia y contra la herejía protestante.

## 1. EL ALTER CHRISTUS

De esta manera, el ejemplo radical se encuentra expresado de una doble manera: por una parte, la misma vida del “Poverello” que es una manifiesta expresión, incluso visión de la cruz del Señor, algo que aparece de manera especialmente patente por medio de los estigmas; al mismo tiempo, el discurso del propio san Francisco repetía constantemente una de sus afirmaciones más seguras: “sé a Cristo pobre y crucificado” (2 Cel 105), lo que equivalía a saber todo lo necesario para caminar cristianamente por la vida, para la salvación.

En este sentido, Francisco aparece marcado, a lo largo de su vida, por la cruz, tanto en un sentido simbólico como real. Se trata de una experiencia inherente a su proceso de conversión y de identificación crística, por lo que está presente desde el primer momento de su seguimiento de Cristo, como aparece reflejado en el hecho de que es el mismo Cristo de San Damián el que le llama a reparar la Iglesia, detalle que el mismo Francisco entenderá, primero de una manera material y, en un segundo momento, de manera más simbólica, según la

interpretación clásica de restauración de la Iglesia. Así lo expresaba el cronista Tomás de Celano, en el *Tratado de los milagros* del santo:

El hombre nuevo, Francisco, brilló por un prodigio nuevo y estupendo, pues apareció marcado con un privilegio singular, nunca concedido en los siglos pasados, es decir, fue distinguido con las sagradas llagas y *conformado en su cuerpo mortal al cuerpo del Crucificado* (3 Cel 2).

Pero quizás lo más sorprendente, en su vida concreta, es que se trata de una cruz real, verdadero encuentro personal de Francisco con el crucificado, que llevará a que el “Poverello” pase a la historia como un *alter Christus*. Una perfecta manifestación de la obra del Señor.

Si este detalle da sentido profundo a su vida, no es menos importante que su opción fundamental, con la radical renuncia que lleva implícita, estaba marcada por el mismo crucificado (cf. Mt 19, 21; Lc 9, 2...) y, de manera especial, en referencia al texto del seguimiento de san Mateo, que recordará en diversos momentos de su vida: “Quien quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, coja su cruz y me siga” (Mt 16, 24). Pero si este detalle parece especialmente significativo en su vida, no lo es menos la experiencia profunda y convencida de la vida en *Fraternitas*, donde los hermanos también serán una real y auténtica expresión de la cruz, que tendrá un momento de especial plenitud hacia el final de su vida, tanto por el seguimiento al que le habían sometido las visiones encontradas de los hermanos, como por la manifiesta filiación crística en su propio cuerpo.

Será en el monte Alvernia cuando la identificación con la vida del Señor se plasme incluso de manera física, con las llagas de la Pasión del Señor. San Buenaventura lo describe en una bella formulación teológica, en su *Legenda maior*:

Así el hombre, lleno de Dios, comprende que, como había imitado a Cristo en la acción de su vida, de la misma manera debía ser como Él en el sufrimiento y los dolores de la Pasión (LM 13, 2).

Este momento hacia el final de su existencia terrena, se convierte en un momento de plenificación, de confirmación de todo lo que había sido su existencia y profunda fe hasta aquel preciso momento, donde uno de sus pilares más sólidos había sido precisamente la cruz. Lo recordaba Celano en una bella expresión simbólica:

¿No buscó refugiarse en la cruz al escoger el hábito de penitencia, que reproduce la forma de la cruz? (3 Cel 2).

Por otra parte, en toda la vida de Francisco la devoción a la cruz ocupará un lugar de especial significatividad, que se expresa de múltiples maneras. Un ejemplo claro de ello es la elección de la letra griega Tau, como su firma personal, por ser un recuerdo devocional de la cruz del Señor. A ello había contribuido también el Papa Inocencio III en el IV Concilio de Letrán (1215), al que asistirá el santo, y en el que el Papa utilizará como símbolo de la renovación de la Iglesia dicha letra, en recuerdo del texto de Ez 9, 4-6, donde se habla de un signo para los elegidos. Pero, para Francisco, la Tau como recuerdo del Señor no suponía exclusivamente un signo de la necesaria renovación espiritual de la Iglesia, en la que él colaborará de manera significativa, sino que, al mismo tiempo, había una consideración real y fraterna de ser instrumento de salud corporal, que los cronistas han expresado en una serie de milagros donde la cruz del Señor aparece como el medio por el que se logra el milagro.

El “Poverello”, indudablemente, era hijo de su tiempo, y la identificación con el Cristo era algo propio y característico del primer milenio cristiano, que se manifiesta especialmente en su caso en la imitación-seguimiento radical del crucificado. Significativas, a este respecto, fueron sus palabras en el *Testamento*, que se han convertido en jaculatoria de muchas devociones de los fieles, especialmente en el Oficio del *Via Crucis*, de manera particular en Cofradías y Hermandades penitenciales a lo largo de los ocho siglos de historia del franciscanismo:

Te adoramos, Señor Jesucristo, también en todas tus iglesias que hay en el mundo entero y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo (Test 5).

Con todo, quizás lo más significativo es que esa manera de abordar una realidad como la de la cruz, la afronta con toda su vida, de tal manera que aquellos que le siguen asumirán una práctica análoga, en la que no puede existir ningún tipo de dicotomía. Es el caso de Clara de Asís, que ha de ser considerada como la mujer discípula de Francisco, también en la vivencia de la Cruz. No olvidemos, por otra parte, que la misma vida espiritual de Clara discurrirá durante toda su vida delante del Cristo que había hablado a Francisco y al que ambos tenían un especial y singular afecto. Dicho Cristo, en su expresión bizantina, a la pasión del Señor, vinculaba toda una teología de redención que dejó clara huella en ambos santos.

Desde nuestra visión actual, sorprende la consideración de que su experiencia de la cruz es algo gozoso, que no tiene nada que ver con otro tipo de manifestaciones que se han dado a lo largo de la historia. Así, para Francisco la cruz se convierte en una auténtica y verdadera fuente de gozo y alegría. En ella identifica, a un mismo tiempo, el dolor más grande y todo el amor posible. De esta manera, la intuición sanfranciscana, sin construir grandes teologías, es capaz de

vivir en toda su profundidad el misterio cristiano, la encarnación y muerte del Hijo de Dios. Francisco se convierte, por lo mismo, en el santo anunciador de la alegría de la cruz, siendo visto por todos como el hombre marcado por esa experiencia, que antes de su manifestación externa es toda una identificación profunda e interior.

Pero la mística de la cruz, Francisco incluso la dejará reflejada en sus escritos, especialmente en el *Oficio de la Pasión*, en el que muestra cómo no se trata simplemente de una devoción estática, sino que es algo implicativo, que introduce en todo el misterio de la vida del Señor. Se trata de una composición de quince salmos contruidos con diversos versículos del libro de los Salmos, de Isaías, Lamentaciones, del Éxodo y de textos litúrgicos que Francisco retoca para darle unidad interna y que él utiliza para su oración y devoción personal, y que sus hijos guardaron como un testamento vivo de su experiencia de Dios hecho hombre.

## 2. LA CRUZ CONVERTIDA EN IDEAL FRANCISCANO

La experiencia que vive el propio Francisco, en ese convencimiento radical y profundo, la transmite a sus seguidores, convirtiéndola en elemento identificativo del franciscanismo. Es la visión del Maestro en su doble vertiente de pobre y crucificado, que tendrá también su clara identificación y experiencia particular en innumerables santos y beatos franciscanos, tanto laicos como religiosos; al mismo tiempo que en innumerables hermanos, incluso de aquellos que se apartan de la ortodoxia, como puede ser el caso de Ubertino da Casale. Ejemplo significativo será el de san Buenaventura de Bagnoregio que, además de ser un gran teólogo, fue un profundo místico y que tendrá una experiencia particular de la cruz del Señor, que expresará en su *Lignum vitae*. El mismo título ya resulta sumamente elocuente, puesto que se trata de la experiencia de la cruz, como comunicadora de vida.

Esta experiencia de carácter espiritual tomará, después, forma devocional, especialmente a partir de la predicación de san Leonardo de Porto Maurizio llevando la práctica del Via Crucis a toda la cristiandad, de la que surgirá, en los entornos de los conventos franciscanos, la práctica de Cofradías y Hermandades de penitencia vinculadas a la devoción de la Cruz... en recuerdo de aquello que no era fácil afrontar, el peregrinar a Tierra Santa, donde los hijos del Poverello atendían con sencillez y esmero en aquellos lugares por los que había caminado el Maestro.

De esta manera, la cruz configura la vida de todo franciscano, tanto seglar como religioso, lo que se muestra incluso en ese hábito cortado en forma de cruz. Una cruz que se convierte en praxis, basada en la profunda experiencia de Francisco que es fuerza manifiesta en la predicación de sus hijos y fuente

de renovación en diversos momentos de la historia. Este detalle parece de gran importancia, puesto que las constantes reformas franciscanas tendrán como elementos fundamentales, la penitencia de vida vinculada a la cruz del Señor y, al mismo tiempo, la búsqueda de la pobreza radical de vida, en recuerdo del Maestro y el ejemplo del “Poverello”.

El detalle aparece constantemente en esas reformas franciscanas que irán dando forma a esa experiencia, incluso en su plasmación simbólica. Así, desde momentos muy tempranos, la Orden franciscana se identificará con un escudo en el que aparecen entrecruzados un brazo de Cristo y otro de Francisco, ambos con las llagas de la Pasión y unidos por la cruz, haciendo referencia a la perfecta conjunción entre ambas figuras. Al mismo tiempo, un segundo escudo aparecerá como identificador del franciscanismo, en sus múltiples variaciones, y no será otro que las cinco llagas de la pasión. Simple, pero sumamente elocuente. No deja de ser significativo que, precisamente, estos dos escudos sean los que han identificado simbólicamente al franciscanismo a lo largo de cinco siglos, por lo que se supone que es un elemento fundamental para aquellos que viven esa experiencia.

### 3. LA REFORMA CAPUCHINA

Como ya hemos señalado, la reforma capuchina no hace más que volver la mirada, en un momento de cambios en la sociedad, hacia el ideal primigenio, poniendo los acentos en la austeridad y penitencia, expresada simbólicamente por medio de la cruz, que sigue planteando la asunción de la cruz como una manera de predicación y apostolado. Incluso, llegando a considerar que en ella se expresa de forma singular una opción peculiar de servir a los hombres.

No cabe duda que la cruz recorre toda la vida del hermano menor capuchino, tanto desde los orígenes de la reforma como hasta en las últimas Constituciones que ordenan y dan forma de vida al vivir cotidiano de esta Orden religiosa. En este sentido, las Constituciones renovadas en el proceso posconciliar, conjugando perfectamente lo espiritual y lo jurídico, presentan la cruz como un elemento transversal en la vida concreta de los hermanos. Así, en los tres ámbitos fundamentales que configuran la vida cotidiana de los religiosos, está presente. Por una parte, en la vida de oración y contemplación, que aparece presentada a partir del amor a la cruz (Const 2, 2; 4, 3); en una vida pobre, de tal suerte que sea igual a la de Cristo que hasta su muerte en cruz amó a los pobres (Const 59, 2); y en la vida apostólica de los hermanos, en la que se entiende que éstos han de estar dispuestos a soportar la cruz (Const 145, 7).

Pero, además, esta experiencia en la historia espiritual de los capuchinos tendrá unos claros modelos simbólico-identificadores, que reproducen la experiencia del mismo Francisco. No se trata ahora de recorrer cada uno de ellos,

sino simplemente señalar aquellos que pueden ser más esenciales y evocadores en el tiempo, también por convertirse en focos de una fuente de espiritualidad, donde la cruz es elemento fundamental de identificación. En este sentido, podemos señalar a dos santos. Por una parte, una clarisa capuchina, santa Verónica Giuliani, de la que puede ser suficiente con afirmar que se trata de una vida como vocación para la cruz que, además, estará cargada de fenómenos extraordinarios, como puede ser el de las mismas llagas de la Pasión del Señor. Es significativo e interesante señalar este detalle, por tratarse de una mujer, algo a veces no tenido suficientemente en cuenta en la experiencia espiritual cristiana.

El otro personaje está mucho más próximo en el tiempo, y tiene como horizonte el mismo campo simbólico; nos estamos refiriendo a san Pío de Pietrelcina, hombre entregado al seguimiento del Señor, que durante cincuenta años vivió con las llagas de la pasión en su propio cuerpo, y cuya vida estuvo también cargada de acontecimientos extraordinarios, que le llevaron a innumerables incomprendiones y sufrimientos, pero que mostró con su vida la posibilidad de esa fidelidad al Señor, asumiendo la propia cruz, por lo que se ha convertido en referente para infinidad de personas de todo el mundo. En este sentido, tampoco se puede olvidar un elemento que en su vida aparece de manera elocuente, y que ha estado presente en todas las Cofradías y Hermandades penitenciales que han tenido como referente la cruz: el compromiso social, especialmente dirigido hacia todos aquellos que se encuentran en una situación de pobreza o sufrimiento; lo que a lo largo de la historia se ha expresado en prácticas concretas, con la intención de responder a la realidad concreta de su presente.

Estos ejemplos vivos, así como otros detalles propios de todo el franciscanismo, como puede ser la celebración litúrgica de la impresión de las llagas de san Francisco de Asís, dan cuenta de la importancia que tiene y, además, cómo se va materializando en la historia creyente de un grupo religioso tan significativo en la Iglesia como es el franciscano. En este sentido, esa experiencia no es algo simplemente vinculado a aquellos que gozaban de una especial formación intelectual, sino incluso de la de aquellos hermanos cuya vida había estado distante de la santidad, como puede ser el caso de san Bernardo de Corleone, que había sido un espadachín pendenciero en Sicilia y su vida cambiará radicalmente por el contacto con los capuchinos. Momento a partir del cual la cruz se convertirá en máxima de su vida. Sus palabras, por la sencillez, resultan también muy clarificadoras de esta experiencia íntima:

Las llagas de Cristo, nuestro Salvador, es lo único que debemos estudiar.

El mismo pueblo, en nuestro entorno peninsular, tendrá manifestaciones y expresiones populares muy vinculadas a esa vivencia de la cruz desde el carisma franciscano capuchino. Una de ellas es la representada por el gran pintor Bartolomé Esteban Murillo, cuando pinta a aquel Cristo, cuya cruz está apoyada

sobre el mundo, y en la que el Señor desprende uno de sus brazos para abrazar a san Francisco, y que fue pintado para la iglesia de los capuchinos de Sevilla. Era un lenguaje sumamente comprensible para todos y que, hoy en día, la forma de vida de los capuchinos lo quiere hacer presente mediante una vida sencilla, precisamente, en razón de la Pasión del Señor (cf. Const 87, 3).

